

SOBRE LOS LÍMITES DE LA REPRESENTACIÓN

Javier Gil

*Departamento de Historia Moderna
Facultad de Geografía e Historia
Universidad de Barcelona
Montalegre, 6 Barcelona 08001*

ABSTRACT: *The aim of this paper is to provide an account on the notion of representation and review the different uses of this concept in the context of cultural history.*

KEY WORDS: *Representation; cultural history.*

La prosperidad mercantil y la tolerancia religiosa que caracterizaban a Amsterdam durante el siglo XVII atrajeron a la ciudad a personas de una amplia variedad de orígenes nacionales, etnias y confesiones. Y así quedó registrado en diversos documentos, desde listas escritas hasta grabados y pinturas. Entre esas naciones figuraban los musulmanes, cuya vistosa presencia no era inusual en estampas de escenas callejeras y costumbristas de la ciudad. Musulmanes o, por lo menos, individuos vestidos a la usanza musulmana, pues turbantes y túnicas eran también usados por armenios, que formaban un grupo bien definido en la ciudad, y también por cristianos y judíos que vivían en el seno de comunidades musulmanas. La presencia de figuras de apariencia musulmana en esos grabados resulta exagerada en relación a las cifras reales de musulmanes en Amsterdam, de modo que hay que atribuirle a un deseo de subrayar la doble condición de la ciudad holandesa como *emporium mundi* y como puerto de tolerancia. Pero esta última tampoco era tan efectiva como la apariencia que hacía creer: en tanto que los musulmanes residentes podían acogerse a la tolerancia y aún a cierta condición de ciudadanía, ambas fueron severamente negadas a los nativos convertidos al Islam, que también los había, objeto de hostilidad por renegados. Las condiciones de natural o forastero, las opciones religiosas individuales en una u otra dirección y, ciertamente, la realidad y su representación eran factores en juego en las transitadas calles de Amsterdam, factores que se ofrecen a la consideración del historiador (Kaplan, 2006).

ON THE LIMITS OF REPRESENTATION

RESUMEN: El objetivo del presente trabajo es analizar brevemente la noción de representación y examinar sus diferentes usos en el contexto de la historia cultural.

PALABRAS CLAVE: Representación; historia cultural.

El Profesor Peter Burke se ha ocupado por extenso de estas consideraciones y de otras relacionadas con ellas. Baste recordar sus reflexiones sobre los usos de las imágenes como documento histórico, en las que advierte juiciosamente que no son ni mero reflejo de una determinada realidad social ni tampoco un sistema de signos desligados de la realidad, sino que ocupan múltiples posiciones intermedias entre ambos extremos; y sus observaciones acerca del valor y de las limitaciones del concepto de "representación", que es precisamente uno de los temas de discusión en el presente seminario (Burke, 2001, 2006).

Como no pocas de las tendencias que conforman nuestro presente historiográfico, la noción de representación se asentó con fuerza en la terminología y en los análisis a lo largo de la década de 1980: desde la fundación de la revista *Representations* en 1983 hasta el artículo de Roger Chartier, "Le monde comme représentation", su célebre contribución a las reflexiones del "tournant critique" de *Annales* de 1989, unos años que, además, conocieron la influencia de la antropología cultural y al creciente uso de imágenes en el sentido acabado de mencionar. La noción surgía en buena medida como vía de solución al *impasse* al que había llegado la historia de las mentalidades de fuerte base cuantitativa y permitía, asimismo, salvar la dicotomía entre objetividad de las conductas y subjetividad de las categorías en los actores históricos. Su atractivo parecía irresistible.

Sin embargo, no faltaron objeciones tempranas, publicadas asimismo en *Annales*. Ya en el mismo año 1989, y en un ensayo sobre el género biográfico, Giovanni Levi se ocupó de la noción de representación según la acababa de plantear Chartier y la consideró justificada –por cuanto permitía abandonar conceptos demasiado indeterminados, como mentalidades, cultura popular o clases– pero, a la vez, insuficiente. Según Levi, el acento seguía situado en el grupo, cuya estabilidad relativa era tomada como dada, de modo que, por un lado, la cuestión de las relaciones entre individuo y grupo quedaba sin resolver y, por otro, persistía buena parte de la indeterminación. Además, discrepó de la asimilación que Chartier hacía entre representaciones individuales y representaciones colectivas y advirtió que otros temas esenciales, tales que la solidaridad de grupo, los conflictos de clasificación o los márgenes de libertad y coerción que éstos revelaban, seguían requiriendo estudio (Levi, 1989).

Poco después era Carlo Ginzburg quien entraba en liza, sometiendo el término mismo de representación a estudio detenido y advirtiendo de la engañosa familiaridad que parecían tener palabras habituales como ésa. Para mostrar su complejidad, trazó la alambicada génesis de la idea de que determinadas figuras de madera o cera utilizadas en los funerales reales franceses de finales de la Edad Media representaban al rey difunto. Subyacente a la aparente continuidad de esas ceremonias respecto de los entierros de emperadores romanos, mediaba una fuerte discontinuidad, nacida, por un lado, del estatuto cambiante de las imágenes en el Cristianismo, con sus consecuencias en cuanto al valor de las reliquias y a las fronteras de la idolatría, y, por otro, de la noción de *praesentia* del cuerpo de Cristo en la Eucaristía, según quedó establecida en el dogma de la transubstanciación (Ginzburg, 1991).

Aún siendo de consideración, las objeciones de Levi suponían una aceptación del término representación y buscaban afinar sus resultados. En cambio, la línea marcada por Ginzburg, más severa, parecía llamar a un uso restrictivo del término, ceñido a temas y tipos de documentación bien delimitados. Pero el caso es que "representación" se convirtió en uno de los estandartes de la llamada nueva historia cultural, que precisamente se encontraba entonces en fase expansiva. Y lo hizo acompañado de otros términos no menos autorizados, como el "discurso" de Michel Foucault, las "prácticas" de Michel de Certeau y el

habitus de Pierre Bourdieu. Y así, el creciente énfasis en la representación acabó propiciando un sensible cambio en la manera de entender las relaciones entre los distintos factores que constituyen el tejido histórico: desechado *le quantitativ au troisième niveau*, súbitamente envejecido, eran las representaciones las que parecían alcanzar análisis más profundos. En un aliento similar, al discurso se le consideraba capaz de modelar, cuando no construir, la realidad; y, en otra vuelta no menos visible, esta vez sufrida por la vieja ortodoxia marxista, el estudio de las repercusiones de las imágenes sobre la sociedad ha orillado recientemente a los análisis de la influencia de la sociedad sobre la imagen (Burke, 2001, 228).

El estudio de las representaciones se ha asentado y se ha aplicado a las ciencias sociales en general. Y el mundo de la percepción y de la representación se han ampliado a otros ámbitos, como el jurídico y gubernativo: procesos de *visita*, ceremonias públicas y categorías fijadas en un código civil son entendidas como actos que operan dentro de un sistema de comunicación, sistema que, a su vez, moviliza operaciones de observación, clasificación y comprensión a través de los cuales una realidad es representada y construida (V.V.A.A., 2003; Scholz y Herzog, 1997, esp. las conclusiones, a cargo de T. Herzog). Así pues, si una *visita* en un virreinato constituye un acto de comunicación, también una lista de precios –icono, antaño, de la historia objetiva y mensurable– supone una representación, según afirma Chartier, sin ningún asomo de *boutade* (Chartier, 2007, 61).

Explorador de las variedades de historia cultural, como reza el título de uno de sus libros (1997; trad., española, 1999), Peter Burke ha seguido muy de cerca la evolución historiográfica que ha pivotado sobre la generalización del término representación. Y aunque el término suele asociarse, ante todo, a Roger Chartier, nuestro autor no ha dejado de efectuar sus aportaciones al respecto. Así queda de manifiesto en tres trabajos suyos, entre otros muchos que podrían aportarse al efecto. En primer lugar, la introducción al volumen final de la *New Cambridge Modern History* (1979). Ese volumen es una excelente muestra de un panorama historiográfico que muy pronto iba a cambiar ante la irrupción de la renovada historia política y de la nueva historia cultural. Burke dedicó la introducción a reflexionar sobre los conceptos de cambio y continuidad a lo largo del tiempo. Tras observar que las personas tienen

experiencias de los acontecimientos y que viven en el seno de tendencias, de las cuales pueden ser más o menos conscientes, arguyó que cambio y continuidad son, sobre todo, conceptos elaborados por los historiadores para organizar y dar sentido a los hechos y datos obtenidos en la investigación, unos hechos y datos a los que, a la altura de 1979, se les consideraba todavía como esencialmente reales y objetivos. Además, Burke habló ya de la transmisión de culturas, tema al que dedicaría estudios específicos, e incluso llamó la atención sobre el interés de la libertad de acción de los individuos, factor de primera magnitud en el estudio del cambio y de la continuidad y que, por entonces, estaba más bien eclipsado por las tendencias dominantes del funcionalismo y del marxismo y que, por contra, en años recientes se ha erigido en uno de los temas centrales en la historia política, social y cultural.

En segundo lugar, su artículo sobre la revuelta napolitana de Masaniello de 1648 y el papel atribuido a la Virgen del Carmen en el curso de la misma, publicado en *Past and Present* en 1983, que dio lugar a una réplica de Rosario Villari en la misma revista. Burke identificó determinados elementos rituales en el comportamiento de Masaniello y demás protagonistas, análisis que Villari consideró que ocultaba la amplitud de los sectores sociales que secundaron la revuelta y que despolitizaba el significado de la misma (Burke, 1983; Villari, 1985). La historia social clásica bien podía considerar que posibles elementos de representación de un ritual reducían la espontaneidad o autenticidad de una revuelta popular. Pero ya Natalie Z. Davis había dedicado un luminoso artículo a los ritos de violencia en la cultura popular, ritos que en modo alguno desmerecían de su carga política (Davis, 1975¹). Y en años sucesivos la presencia de esos elementos fue confirmada para un número mayor de casos, hasta el punto que ahora aquellas diferencias de apreciación a propósito de la revuelta napolitana resultan de menor importancia y adquieren el sentido de síntoma de las nuevas orientaciones que estaba tomando entonces la historia social. De hecho, conforme se ha venido imponiendo el enfoque cultural en el estudio de los fenómenos sociales, con el objetivo de estudiar más el significado que la función de los mismos, la llamada "analogía dramática" ha ganado terreno. Pero, también aquí, el propio Burke ha advertido que, igual que sucede con la representación, el ritual tiene valor para el estudio, pero adolece asimismo de limitaciones (Burke, 2006, 55-58, 100, 110, 117, 141-142).

Y, en tercer lugar, el artículo sobre los requisitos para alcanzar la canonización durante la Contrarreforma (Burke, 1984). Además de proporcionar una útil prosopografía de los santos canonizados entre 1588 y 1767, Burke trata a los santos como indicadores sociales, culturales y religiosos de su época. Ello se debe a que, vinculados como estaban a las representaciones colectivas vigentes, fueron elevados a los altares tras superar un proceso judicial de canonización, proceso que venía a ser como una construcción de la santidad.

En estos y en otros trabajos Peter Burke ha planteado con buen pulso la delicada relación entre realidad y representación. De hecho, es aquí donde radica una de las facetas más notables de la cuestión de los límites de la representación. Y sobre ella versó otro intercambio significativo, el mantenido entre Angelo Torre y Roger Chartier en las páginas de *Quaderni Storici* en 1995 y 1996.

En un detenido análisis de la obra de António M. Hespanha, Bartolomé Clavero, Pierre Bourdieu y Roger Chartier, autores que estaban modificando de manera apreciable la manera de mirar al pasado, Torre reclamaba mayor atención hacia las acciones y, en particular, encontraba un déficit de realidad en los resultados de la aproximación de Chartier. Compartía su planteamiento inicial de que las representaciones no reflejan, sin más, los comportamientos reales, pero consideró que el binomio de Chartier (prácticas y representaciones) se había ido escorando claramente a favor de las segundas, de modo que los actores históricos, entendidos sobre todo en su papel de observadores, recibían más atención que la realidad observada. Las prácticas, en consecuencia, quedaban reducidas a la apropiación de modelos culturales preexistentes y, por ello, subsumidas en las representaciones, crítica que parecía hacerse eco de la observación de Levi acerca de la asimilación de las representaciones individuales en las colectivas. La selección y tratamiento de la documentación se veían, a su juicio, igualmente afectados y todo esto Torre lo descalificó como antipositivismo e idealismo (Torre, 1995²).

En su respuesta, intensa, Chartier rechazó de plano las críticas de Torre. Tras considerar dicotómica la diferencia que éste establecía entre realidad y representación (la cual, dijo, Torre entendía como algo abstracto), se preguntó cuáles son las fuentes que gozan de una tal inmediatez

documental que permitan el estudio del mundo real sin la mediación de las representaciones. Y tras manifestar su discrepancia con el giro lingüístico por el peso excesivo que éste atribuye al lenguaje sobre la realidad, renovó su afirmación de que hay una diferencia irreductible entre las prácticas que construyen relaciones sociales y las prácticas que gobiernan la producción de discursos, de modo que las prácticas no quedan subsumidas ni absorbidas por las representaciones que las designan. Señaló que entre un documento y la realidad que éste construye por el mero hecho de registrarla hay distancias; se pronunció a favor de articular la representación de la práctica y la práctica de la representación: y, a tal efecto, recordó el uso que en varios trabajos había hecho del término "apropiación". Recordó asimismo que el término representación acoge varios registros de experiencia y de realidad y acabó señalando que la historia de la construcción de las relaciones y de las identidades sociales deviene una historia de las relaciones de fuerza simbólica (Chartier, 1996. Traducido en Torre, 2007, 29-34).

A su manera, este debate –igual que el intercambio entre Burke y Villari acerca de Masaniello– responde también a las inquietudes del momento en que se desarrolló. Chartier ha explicado posteriormente que, a su juicio, denota la manera en que los practicantes de la *microstoria* entendían entonces la historia social, una historia muy atenta a las interacciones y estrategias de relaciones entre individuos, familias y poderes (Chartier, 2007, 57-58). En cualquier caso, conforme el constructivismo y el postmodernismo han venido agudizando sus posturas sobre la construcción cultural de la realidad, Torre y Chartier, así como Burke, Ginzburg y otros, todos ellos esencialmente historiadores, han convergido en una postura más compartida, postura consciente de los elementos constructivos subyacentes en los documentos, en el lenguaje o en la mirada del historiador, pero, al mismo tiempo, exigente con los requisitos de verificación y prueba y con el anclaje de cualquier análisis en la realidad estudiada (Torre, 1995, 811-812; Chartier,

1996, 60, 66-67; Burke, 2006, 139, 141; Pallares-Burke, 2005, 163-165³).

Al cabo, las capacidades y los límites de la representación para los estudios históricos parecen encontrarse en el uso que el historiador haga del concepto. En su estudio de las autobiografías de artesanos en la Europa moderna, James S. Amelang ha reflexionado sobre la concepción de uno mismo y la visión de mundo que estos textos desvelan, cuestiones que le ha llevado a tocar –de modo más bien tangencial– la cuestión de la autorepresentación. Pero no ha puesto su énfasis a estas cuestiones, sino antes bien en el acto de escribir, en los motivos y propósitos que aquellos artesanos tuvieron en su gesto consciente de practicar la escritura. Por su parte, y en otro tipo de reflexión, Fernando Bouza ha observado que las representaciones suceden, aunque esto, por sí sólo, quizá no les confiera estatuto de hecho histórico (Amelang, 1998, 5-8, 50, 235, 241-243; Chartier, 2007, 53). Al final, repasados algunos de los pros y los contras del término representación, se impone la sensata postura de Peter Burke a propósito de otras dos expresiones historiográficas, no menos conocidas y discutidas: según ha advertido, si se prescindiera del término "mentalidad", se necesitaría otro en su lugar; y la "historia desde abajo" debe seguir practicándose, pese a las objeciones que el término pueda suscitar (Pallares-Burke, 2005, 186, 183).

La historia cultural ha conocido grandes avances, los cuales han comportado, a su vez, nuevos problemas. La representación pertenece a ambos terrenos. Peter Burke ha contribuido de manera muy destacada y personal a lograr los primeros y a identificar los segundos. Y ha resumido la situación resultante con imagen feliz: los historiadores culturales han de caminar sobre la cuerda floja (Burke, 2006, 111). Por su parte, Roger Chartier ha representado al historiador situado *au bord de la falaise*, según el gráfico título de su libro. Las reflexiones de ambos nos permiten habitar en esos lugares, un tanto angostos, sin precipitarnos en el vacío.

NOTAS

- 1 Publicado primero en *Past and Present* en 1973; trad., Barcelona, 1993.
- 2 Una parte de este artículo, ante todo los pasajes concernientes a Chartier, han sido traducidos en Torre, 2007.
- 3 Para otras posturas coincidentes en lo esencial, puede verse mi ensayo Gil, 2009.

BIBLIOGRAFÍA

- Amelang, James S. (1998): *The flight of Icarus. Artisan autobiography in Early Modern Europe*, Stanford University Press, Stanford.
- Burke, Peter (1983): "The Virgin of the Carmine and the revolt of Masaniello", *Past and Present*, 99, pp. 3-21.
- Burke, Peter (1984): "How to be a Counter-Reformation saint", en Kaspar von Greyerz (ed.), *Religion and society in early modern Europe, 1500-1800*, George Allen and Unwin, Londres.
- Burke, Peter (2001): *Visto y no visto. El uso de las imágenes como documento histórico*, Crítica, Barcelona.
- Burke, Peter (2006): *¿Qué es la historia cultural?*, Paidós, Barcelona-Buenos Aires.
- Levi, Giovanni (1989): "Les usages de la biographie", *Annales, ESC*, 44, pp. 1334-1335.
- Chartier, Roger (1996): "Rappresentazione della pratica, pratica dalla rappresentazione", *Quaderni Storici*, 92 (agosto), pp. 487-493.
- Chartier, Roger (2007): "Conversar con Chartier", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 38.
- Davis, Natalie Z. (1975): "The rites of violence", en *Society and culture in Early Modern France*, Stanford University Press, Stanford.
- Gil, Javier (2009): "Sobre la noción actual de hecho histórico: entre contingencia y construcción", *Revista de Occidente*, 332, pp. 64-86.
- Ginzburg, Carlo (1991): "Répresentation: le mot, l'idée, la chose", *Annales. ESC*, 46, pp. 1219-1234.
- Kaplan, Benjamin J. (2006): *Muslims in the Dutch Golden Age. Representations and realities of religious toleration*, Fourth Golden Age Lecture, 23 mayo 2006, Universiteit van Amsterdam, Amsterdam.
- Pallares-Burke, Maria Lúcia (2005): *La nueva historia. Nueve entrevistas*, Universitat de València y Universidad de Granada, Valencia.
- Scholz, Johannes-Michael y Tamar Herzog (eds.) (1997): *Observation and communication: the construction of realities in the Hispanic World*, Vittorio Klostermann, Frankfurt del Meno.
- Torre, Angelo (1995): "Percorsi della pratica, 1966-1995", *Quaderni Storici*, 90 (diciembre), pp. 799-829.
- Torre, Angelo (2007): "Recorridos de la práctica", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 38, pp. 23-28.
- Villari, Rosario (1985): "Masaniello: contemporary and recent interpretations", *Past and Present*, 108 (1985), pp. 117-132.
- V.V.A.A. (2003): "La representación en las ciencias sociales", dossier en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* (Zamora, Michoacán), 93.

Recibido: 1 de diciembre de 2008

Aceptado: 6 de diciembre de 2009